

SERMON

DE S. ANTONIO ABAD,

predicado en su convento de Granada,
con asistencia de las sagradas
religiones.

*Videte contemptores, et admiramini et
disperdimini. Act. XIII. 41.*

En un siglo, sabios y venerables prelados, congreso ilustre de varones perfectos, en un siglo en que todo respira heroísmo, en que se meditan tan grandes proyectos, en que se conciben tan vastas ideas, en que todos aspiran á la reputacion y gran nombre, en que el deseo de ascender y de gloria anima y enciende la mayor parte de los mortales, no debe pa-

recer extraño procure yo rectificar estas ideas descubriéndoo la verdadera exáltacion y gloria en la conducta del grande ANTONIO y de sus hijos las sagradas religiones. Por este medio podré con facilidad formar un digno elógio del santo Abad, defender la causa de Dios, instruirlos sobre la verdadera gloria y reputacion á que debeis aspirar, cerrar la boca á los maldicientes y vituperadores de las religiones, y consolar en fin á los que padecen opprobrios en nombre de Jesucristo. Tal es el plan que me propongo en este discurso; en cuya primera parte os haré ver la gloriosa reputacion de Antonio por respecto á sí mismo; y en la segunda la de su ilustre generacion las sagradas religiones. La materia no puede ser mas importante; pide toda vuestra atencion y todo mi celo.

Vos, Dios inmortal, Uno en Esencia y Trino en Personas, Trinidad sin

division, Unidad sin confusion, que os disnásteis enviar á vuestro Unigénito al mundo á tomar nuestra mortalidad en el vientre virginal de María santísima, para que venida la plenitud del tiempo obrase nuestra redención eterna por medio de su preciosa sangre, no permitais, Señor, profane yo esta sagrada cátedra, ni manche vuestro divino testamento con labios impuros. Purificadlos, Dios de toda bondad, para que pueda anunciaros glorioso en vuestros siervos, y sostener dignamente vuestra causa. Esta gracia os pido por la intercesion poderosa de María santísima. *Ave Maria.*

Videte contemptores &c.

Formado el hombre á imágen de Dios y para gozar de Dios, que es la misma grandeza por Esencia, aspira naturalmente á la elevación, á

la gloria y á la reputacion. Hasta aqui estamos todos de acuerdo. Mas en órden á la verdadera reputacion y medios de conseguirla, no convenimos todos igualmente. Como nuestro entendimiento es limitado, y obscurecido por otra parte con las tinieblas de la primera culpa, ó no penetramos el fondo de las cosas, ó no las concebimos en toda su extension. La corrupcion del corazon humano y las tinieblas del entendimiento nos hacen de ordinario aprender inversas todas las ideas. Confundimos, por exemplo, lo vil con lo precioso, lo grande con lo pequeño, lo pernicioso con lo útil. Miserables reliquias del naufragio de la culpa en que fuimos todos anegados, y efectos lamentables de esta terrible concupiscencia, que habita, á nuestro pesar, en nuestros miembros, como una ley repughante á la de la razon, como se lamenta S. Pablo. De aqui los delirios del Pórtico y

del Liceo sobre nuestro último fin; de aquí los desatinos de la Academia, los caprichos de Epicuro y de Lucrecio sobre nuestra verdadera felicidad; de aquí en fin las demas tinieblas que el Egipto, la Grecia y Roma palparon sobre la Deidad y sobre el verdadero fin de los mortales. La grandeza, los conocimientos sutiles de una buena filosofía, la nobleza, el poder, los inmensos tesoros, y lo que es mas, las delicias mundanas, la torpeza, la gula y el incesto, ó se miraban como último fin, ú ocupaban toda la atencion, sin otra idea de lo justo y de lo honesto. La arrogancia, la ambicion, la vanidad, el orgullo, la soberbia y la desenvoltura entraban, en su concepto, á formar la gloria y felicidad del hombre.

Pero vos, ¡ó mi Dios! en cuya presencia todo lo mundano es despreciable, habeis sabido en todos tiempos perder la sabiduría de los

sabios, reprobar la prudencia de los prudentes, confundir la política de los políticos, reprimir el orgullo de los soberbios, abatir la vanidad y ambicion de los nobles y de los grandes por medio de instrumentos débiles, despreciables al mundo, y oprobrio de las gentes; obligándonos á confesar por este medio, que solo á vos corresponde la fortaleza, el poder, la magnificencia, la virtud, la gloria, la reputacion y la alabanza. Vos, justo é infalible apreciador del mérito, habeis preferido siempre la humildad á la soberbia, la moderacion á la ambicion, la modestia á la desenvoltura, la penitencia á las delicias, la sencillez cristiana á la política y ardides de la prudencia humana, la pobreza en fin á las riquezas. Los prudentes segun la carne ignoran esta divina filosofía que os dignásteis santificar con vuestro exemplo. Á vosotras solo, almas piadosas, ha revelado Dios es-

tos misterios, ocultos á los prudentes del siglo. Estos bellos espíritus, epicúreos de costumbres, sectarios de algunas máximas de Lucrecio y de Wolter, maestros del buen gusto, si me es lícito dar este nombre á la mas exécrable corrupcion, estos acérrimos protectores de Bacanales, Florales y Lupercales, en nada inferiores á los del gentilismo, estos espíritus de tinieblas, digo, no pueden persuadirse á que haya verdadera reputacion entre el saco y el silicio. Ciegos miserables y guias de otros ciegos, vosotros, menospreciadores de la vida monástica, retirada y penitente, oid la alta reputacion y gloria á que delante de Dios y de los hombres se hizo acreedor Antonio, este gefe de la vida eremítica, padre de las sagradas religiones, y conductor de los siervos de Dios; venid, ved, admiraos y confundios, para reconveniros con las palabras de mi tema.

..II anno I

Antonio, á quien sus padres, no menos ilustres por su piedad que por su sangre, educaron con tanto recogimiento, que fuera de ellos y de su casa á nadie conocia, como testifica S. Atanasio, burlándose del mundo, de sus pompas, vanidades y obras de tinieblas que ofrece, queriendo ser perfecto, segun el oráculo de Jesucristo, vende su rico patrimonio, lo distribuye á los pobres, para colocar su tesoro en el cielo, á cubierto de ladrones y de todo peligro. Y no juzgándose aún seguro de los asaltos de la carne y de la sangre, qual otro Abraham de Ur de los caldeos, y qual otro Loth de Sodoma, se retira del mundo, renuncia de sus vanas esperanzas, se aleja al desierto, donde habla Dios al corazon; y con algunos pocos, animados de los mismos sentimientos de religion y de piedad, emprende un género de vida austera, mortificada y penitente. Aquí como pru-

dentísima abeja, según la expresión de S. Atanasio, recogía la miel de todas las flores del desierto; quiero decir, copiaba en cada uno las virtudes mas heróicas, la continencia de éste, la mansedumbre de aquel, de uno la vigilancia cristiana, de otro la industria y oficiosidad; en estos imitaba el ayuno y las mortificaciones, en aquellos la fortaleza y la paciencia. Aquí vence y triunfa del comun enemigo, que empleaba todas sus artes para removerle de tan santo propósito, ya trayéndole á la memoria sus ricas posesiones, la defensa y tutela de una hermana doncella, la nobleza de su sangre, la gloria del siglo, el deleite y variedad de los manjares, lo frágil de la naturaleza, lo árduo finalmente del camino de la perfeccion; ya presentándosele en forma de un horrible manebó, figura del espíritu de impureza, que le refiere sus victorias; ya extendiendo sobre él la mano,

como contra Job, azotándole cruelmente, y dexándole medio muerto, sin movimiento y sin voz; ya haciendo aparecer una caterva de espíritus infernales en figura de serpientes, de dragones, de leopardos, de toros, de leones, de osos y escorpiones, que bramaban, rugían, silbaban, y le acometían de tropel. Mas Antonio, fortalecido con la señal de la cruz y auxiliado de la gracia de nuestro Salvador, triunfa gloriosamente de todas las fuerzas del abismo. Unas veces aflige su carne, y la reduce á servidumbre, como otro Pablo, para dominar sus pasiones; otras visita á sus hermanos, dándoles saludables instrucciones, consolándolos y dirigiéndolos en las sendas de la salud; otras disputando con los hereges y filósofos paganos, sobre la dignidad y consubstancialidad del Hijo de Dios, los convence, los confunde, y no rara vez los atrae y los convierte; otras se oculta y se

encierra en las entrañas de la tierra, donde como sencilla y solitaria paloma gime los males de la iglesia, esta augusta madre, no menos afligida en aquel tiempo por la perfidia de los arrianos, que en el nuestro por el furor de los libertinos, deistas y políticos; otras predica la palabra de Dios para instruir á sus discípulos en el arte de vencer las tentaciones, en los principios de la mas sublime teología y de la mas sana moral; otras en fin lleno de celo, como otro Elías, por la honra y gloria de Dios, se presenta en Alexandria á defender el honor de Jesucristo, á sostener su causa, á fortalecer á sus hermanos que gemian en duras cadenas por la fe del Salvador, y á solicitar la corona del martirio.

¿Qué juicio, os ruego, formarían de Antonio los pretendidos ilustrados y políticos de nuestro siglo, si hubieran examinado de cerca su gé-

nero de vida? Lo cierto es, que por mas que ellos la aborrezcan como diametralmente opuesta y repugnante á sus designios de hacer valer la impiedad, de trastornar la religion, de abolir el culto del verdadero Dios y el honor del santuario, deberán confesar á pesar suyo, que Antonio fue el héroe mas glorioso y de mayor reputacion de su siglo. Estos bellos espíritus, sin embargo de sus grandes luces, no han podido reformar el juicio ventajoso que toda la antigüedad pagana, á quien oyen como oráculo, dió á Sócrates sobre Arquelao, éste rodeado de gloria mundana, de esplendor y riquezas, y aquel viviendo en el Licéo, sin mas que una pobre capa con que cubrirse de invierno y de verano, y rehusando admitir los dones y regalías de aquel monarca. No han podido, repito, ofuscar la mayor gloria de Diógenes, sin mas abrigo que su media tinaja, respecto de Alexandro de Macedonia,

este ambicioso conquistador. No han podido negar la mayor reputacion de Platon sobre Dionisio, tirano de Sicilia, éste rodeado de delicias y de grandes exercitos, y aquel sin mas posesion que un huerto que le producía berzas para el sustento diario, como reflexiona el Crisóstomo. No han podido estorbar pase por mas glorioso Aristides, ateniese, este pobre filósofo, que Alcibiades, tan decantado por su nobleza, por sus tesoros, por la hermosura y robustez de su cuerpo. No han podido negar la mayor reputacion sobre todos los capitanes de su tiempo, de un Epaminondas, sin embargo que hubo ocasion de no haber podido asistir á una asamblea porque habia lavado la ropa, y no tenia otra con qué cubrirse. ¿Cómo podrán pues ofuscar la sublime reputacion de Antonio? Empleen en buen hora toda su política refinada, toda su fastidiosa crítica; muevan todos los resortes y

ocultas máquinas que les sugiere un corazon corrompido, jamas podrán obscurecer el mérito de este célebre solitario.

Yo prescindo por un momento del mérito substancial y del valor de sus obras delante de Dios. Como estos pretendidos sabios niegan, ó á lo menos no piensan en la eternidad del alma, en el dogma de la remuneracion, en el fin para que fueron criados, en la idea del verdadero Dios, en la de orar, mortificarse y hacerse violencia para ser felices, en vano me cansaria yo en referir con extension todas sus obras y exercicios de piedad, su oracion continua, su altísima contemplacion, sus vigiliass, sus ayunos, sus duras penitencias, su celo por la salud de las almas, las dulces consolaciones con que le asistia el Espíritu Santo, las amorosas palabras con que alentaba el mismo Jesucristo; finalmente la corona de gloria con que remuneró sus largos combates é ilus-

tres victorias. Los mundanos no estan ahora en tiempo de reconocer estas verdades. Llegará el dia de la ira, de la calamidad y de la miseria, cuando deben rodar á los pies del trono de Dios, cuando Jesucristo quebrante su dura cervíz, cuando sean destinados á un oprobrio y á unas lágrimas sempiternas; y entonces, entonces conocerán á pesar suyo el mérito y la gloria de Antonio delante de Dios. Conténtome pues por ahora con hacerles ver la sólida reputacion de Antonio entre los hombres, ventaja á que únicamente aspiran, y de que tanto se precian los mundanos.

En efecto, Antonio retirado al desierto y sepultado en las entrañas de la tierra, se hace brevemente célebre en Africa, en España, en Francia, en Italia, en Ilírico, y aun en la misma capital del mundo Roma, para confusion de los mundanos, que entregados al manejo de los negocios,

al comercio del siglo, y frecuentes en los grandes concursos, apenas lo gran ser conocidos de todo un pueblo; y cuando lo consiguen, mas es por lo notorio de sus vicios, que por el mérito de sus acciones. Todos hablan de Antonio como de un habitante del cielo, segun la expresion de S. Atanasio; como de un hombre de Dios, qual otro Elías, como de padre y director de las almas justas. En vano se oculta y huye del trato de los mortales; gentes de todos estados, de todas condiciones y edades se vieron concurrir á Antonio, y decirle lo que el ejército de Judéa al célebre Macabéo: *tú serás nuestro gefe, y nosotros harémos lo que tú nos mandes.* Todo el mundo le busca, le solicita, le aplaude, le sigue, le oye como á oráculo. Los sabios de primer orden le consultan; obispos, como el grande Atanasio, le visitan, y aprecian como una herencia inestimable las pleitas con que

ceñía y cubría su cuerpo: hasta el mismo emperador Constantino y sus dos hijos Constante y Constancio le escriben como á padre, dice S. Atanasio, cartas llenas de reverencia y de respeto, suplicándole se dignase consolarles con las suyas. Este honor, que dispensado á uno de nuestros políticos lo exáltaria hasta las nubes, y llenaria de sentimientos de ambición y de soberbia, no pudo mover el ánimo de Antonio. Convoca en esta ocasion á sus monges, y les dice estas palabras: "los reyes del mundo nos han escrito estas cartas: no me admiro; pues aunque la dignidad es diferente, la condicion en nacer y morir es la misma..... ¿Pero qué tienen que ver los monges con los poderosos del siglo?" Rogado no obstante por sus discípulos, responde á estos emperadores y césares, alabándolos en primer lugar porque adoraban á Jesucristo, dándoles documentos saludables para que no mira-

sen la soberanía como una cosa tan elevada, que ensoberbecidos con el imperio de la carne, olvidasen que eran hombres, y que debian ser juzgados por Cristo: les recomienda la clemencia y la justicia con sus vasallos; les amonesta el cuidado de los pobres; les intima finalmente que hay un Rey sempiterno de todos los siglos, que es Jesucristo. Estas cartas, dice el grande Atanasio, llenaban de alegría á los emperadores. Tanta, añade este padre, era la opinión y reputacion de Antonio, que todos deseaban denominarse hijos suyos.

Ni una tan gran reputacion y gloria terminó con su vida, ó pereció entre los horrores del sepulcro, como sucede de ordinario á la memoria y fama de los mundanos: nosotros la vemos perpetuada por casi xv siglos, no solo por los fastos de la iglesia católica, esta columna y firmamento de la verdad, que no

puede engañarse ni engañarnos, sino tambien por las sagradas religiones, ilustre generacion suya, que han sabido conservar en todo tiempo la gloriosa reputacion que les dexó por herencia su buen padre.

II. Segunda reflexion de este discurso, que merecia ser tratada segun su dignidad. Mas por no cansar vuestra atencion, diré solamente lo que basta para que podais formar juicio de la reputacion de Antonio en su generacion; pues siempre se ha mirado como gloria propia de los padres las acciones ilustres de sus hijos. Seguidme sin desmayar por un momento, para ver los permanentes frutos que ha producido Antonio en el campo de la iglesia. Entrad con la consideracion en los desiertos de la Tebayda, y hallaréis baxo su direccion una academia de penitencia y un teatro de santidad. Habia en aquellos montes, dice S. Atanasio, multitud de monasterios, como otros

tantos tabernáculos llenos de coros divinos, unos cantando, otros leyendo, otros orando, y todos cultivando la caridad mútua y el amor de Dios. ¿Quién, añade este padre, al ver tan gran número de monges penitentes no exclamaria á grandes voces: cuán buena es la casa de Jacob, cuán hermosos los tabernáculos de Israel, semejantes al paraíso sobre los ríos, y á los cedros del Líbano cerca de las aguas? Aqui se formaron baxo la disciplina de Antonio aquellos incomparables héroes que con la pluma y con la sangre defendieron el honor de Jesucristo contra el furor de los Arrianos y de los Melecianos. De aqui dimanaron las sagradas religiones, estos exércitos de Dios, tan terribles á sus enemigos. De estas aguas bebieron, ya en su nacimiento, ya en sus dilatadas corrientes los Basilio, los Hilarionés, los Pacomios, los Macarios, los Romualdos, los Benitos, los Bru-

nos, los Agustinos, los Bernardos, los Domingos, los Franciscos, con los demás patriarcas y fundadores de tan santas familias, que han trabajado incesantemente desde su institucion por el honor de la religion y del estado.

Yo bien sé que no estan de acuerdo conmigo en esta parte los políticos é ilustrados del siglo. No ignoro que en su concepto los patriarcas de las religiones pasan por hombres de pocas luces, que han entendido el evangelio segun la corteza; por gente apocada y sin elevacion de pensamientos, groseros y peregrinos en la cultura, policia y buen gusto, ociosos, vagamundos, gravosos á los pueblos, defraudadores de los verdaderos pobres, y tal vez por visionarios y fanáticos.

Por mas que S. Lucas condene las delicias, diversiones y risas mundanas; por mas que S. Mateo llame bienaventurados á los pobres de es-

piritu, á los mansos de corazon, á los que lloran: por mas que S. Pablo intime á las mugeres, que usando de un adorno moderado conserven el pudor, absteniéndose de ensortijar y rizar el cabello, de oro, piedras y vestidos preciosos: por mas que el mismo apóstol diga que la que vive en delicias está muerta, aun cuando vive, y que debemos contentarnos con la comida y el vestido, absteniéndonos de la torpeza, de la chanza, de la ira, del furor y de las burlas: por mas que nos mande volver bien por mal, castigar nuestro cuerpo, y reducirlo á servidumbre, estar muertos á la culpa, y sepultados con Jesucristo: por mas que este adorable Salvador excluya de su reyno á los que no hacen penitencia, á los que no velan, á los que no oran, á los que no hacen violencia á sus pasiones, á los que no tienen siempre encendida la luz de las buenas obras, á los que estan adornados con la gala de las virtudes: por mas que nos mande

deponer toda solitud acerca de la comida y del vestido para buscar el reino de Dios y su justicia: por mas que nos mande ser perfectos, y que para serlo es necesario antes renunciar de todo lo terreno, que es lo mas que se puede pedir á un religioso, segun su profesion, fundada sobre estos oráculos de la escritura, que comprehenden substancialmente á todo el que se precia de cristiano y de discípulo de Jesucristo: sin embargo, digo, de todas estas verdades eternas, los ilustrados de nuestro siglo, estos bellos y felices genios, á la luz de su crítica, y con esquisita alquimia han descubierto un nuevo mundo, una nueva religion, un evangelio nuevo, de no se qué profeta, adoptado é ilustrado por los secuaces de Wolter, segun el cual la renuncia del mundo y de las pasiones, la obediencia, la pureza, la humildad, la pobreza que santificó Jesucristo con su exemplo, los ejercicios de piedad, la mortificacion, los ayunos, la perfeccion

evangélica, el culto de Dios y de sus santos son extravagancias de gente ociosa, y cuando mas obras de supererogacion. ¿Qué glória, qué reputacion, qué alabanza será la de Antonio en su generacion, segun el sistema y modo de pensar de estos pretendidos sabios, á quienes Dios por sus justos juicios ha abandonado y dexado abundar en su malicia?

Con todo, prescindiendo por ahora del mérito de la causa, que reservo para Dios y para las gentes de juicio, limitémonos á hechos, que no osarán desmentir estos insignes maestros, por mas que afinen su escrupulosa crítica. Yo os conjuro, apóstoles del error, ceñíos y presentaos á responderme: ¿quién convirtió la Francia (1), os ruego con un célebre orador de nuestro siglo, quién convirtió la Francia sino los Remigios? Quién la Inglaterra sino los Augustinos? ¿Quién la

(1) Séñeri serm. var.

Germania sino los Bonifacios? ¿Quién la Suecia sino los Martinos? La Frisia, la Saxonia, la Bohemia, la Dacia, la Pomerania, la Wandalia, la Irlanda, la Polonia ¿no fueron convertidas á la fe de Jesucristo por los Wilfridos, Bonifacios, Guitbertos, Cirilos, Metodios, Otones, Vicelinos, Adalbertos, y Patricios? ¿No fueron todos estos monjes, regulares ó frailes? ¿No fueron de la misma profesion un Basilio, un Nacienceno, un Crisóstomo, un Gregorio Magno, un Augustino, un Aquino, un Buenaventura, estos insignes doctores de la iglesia? Decidme, ¿cuánto debió la Tartaria á los hijos de Domingo, y cuánto la Persia á los de Francisco? Cuánto la religion á un Basilio en Capadocia contra los arrianos, á un Augustino en África, y á un Benito en Italia contra los pelagianos, á un Sabas contra los eutiquianos, á un Jannicio contra los iconomacos, á los Domingos finalmente y Franciscos contra los albigenses, waldenses, hu-

sitas, luteranos y calvinistas?

Nada digo de los que han salido del claustro para ocupar las primeras mitras, los Basilio, por exemplo, los Nisenos, los Naciencenos, los Crisóstomos, los Epifanios, los Fulgencios, los Isidoros, los Ildefonsos, los Villanuevas. ¿Han degradado por ventura la tiara de S. Pedro un Gregorio Magno, un Gregorio II, un Gregorio VII, un Agaton, un Urbano II, un Leon IV, un Alexandro III, un Pascual II, un Pio y un Sixto V, un Clemente XIV, para omitir otros muchos celebrados por héroes aun del mismo Bacon de Veruliano? ¿Qué no podria yo decir, si fuese de mi instituto, de las grandes ventajas que han proporcionado estos mismos á la conservacion y aumento del estado? Bastaria por lo respectivo al nuestro traer á la memoria los servicios hechos á esta monarquía por el cardenal Ximenez de Cisneros, religioso francisco.

Despues de tantos exemplos, ¿po-

drán negar nuestros críticos la gloriosa reputacion de Antonio en su dilatada generacion las sagradas religiones? ¿Ó no será gloria de este comun padre la sabiduría de unos hijos que tantos y tan preciosos frutos han producido en el ameno campo de la iglesia, donde no dexan de producir cada dia?

Hay discípulos: yo lo confieso. ¿Mas en qué cuerpo no abundan? El que se hallare de vosotros sin crimen, tíreles la primera piedra, según la sentencia de Jesucristo. Hasta en el mismo apostolado hubo un Judas; ¿será por esto despreciable el sagrado colegio? ¿Faltó en casa de Abraham un Ismael, en la de Isaac un Esaú, en la de Jacob un Ruben, en la de David Amnon y Absalones? ¿Serán por esta causa dignos de vituperio aquellos patriarcas? ¿Qué mas? En el gran cuerpo místico de Jesucristo, que es la iglesia, hay muchos miembros malos y podridos; ¿dexará por esto de ser recomendable, santa, inmaculada

y dirigida por el Espíritu Santo? ¿Se deberá abolir todo estado donde se encuentre algun mal profesor, ó atribuir á todo el cuerpo los defectos de algunos particulares? Extraña lógica para tan grandes críticos; por no decir ridícula inconsecuencia de espíritus propiamente aturdidos. Todo conspira á convencernos que Antonio es digno del mayor elogio y alabanza, no solo por la gloria y reputacion que adquirió por sí mismo, sino tambien por la que despues ha conseguido y conserva en su generacion las religiones.

Augustas y sagradas familias, atended á la piedra de donde habeis sido cortados. Si os gloriais de hijos de Abraham, que sean de Abraham vuestras obras. Seguid con teson las huellas de tan ilustre padre, imitad su religion, su piedad, su celo por la honra y gloria de Dios y conversion de las almas, su destreza en vencer al comun enemigo y triunfar de las pasiones. Trabajad por defender los intereses de la

iglesia, imprescindibles de los nuestros. Nada temáis teniendo á Dios de vuestra parte, y estando baxo la proteccion de un soberano (Dios le guarde) tan religioso, tan amante del instituto, tan celoso de la causa de Dios. Si sois despreciados y aborrecidos de los mundanos, consolaos, y reconoced en esto mismo que sois verdaderos discípulos de Jesucristo, que es nuestra ingénuu reputacion, y mirad por recompensa la bienaventuranza. Si llegare el tiempo que os persigan, consolaos, que antes persiguieron á vuestro Maestro, y nada mas gozoso que recibir oprobrios en nombre de Jesucristo: este es el único medio de asegurar la gloria y reputacion que nos dexó por herencia Antonio nuestro padre.

Y vosotros, señores, por las entrañas de Jesucristo, por su terrible venida, por su reyno inmortal, guardaos del fermento de los fariséos; guardaos, digo, de las capciosas máximas de los mundanos, que conspiran á destruir

la religion, el culto y la piedad. Volved, gran Dios, por vuestra causa, no permitais que incircuncisos profanen vuestro santuario. Confundidlos, atraedlos, convertidlos para que sea universalmente alabado vuestro Nombre en los cielos y en la tierra. Amen.
DIXE.